

Una chica entra en un bar

Todas las mujeres sabemos que no se puede esperar mucho de unas bragas. Si lo que quieres es sentirte realmente sexy, no esperes ir cómoda precisamente. Si lo que buscas es sentirte cómoda, lo más probable es que no lleves puesto nada especialmente bonito ni glamuroso. Si lo que necesitas es sujeción adicional, encontrarás una buena amiga en tus bragas-faja, aunque vete olvidando de poder respirar con facilidad.

Deja caer tu toalla de baño al suelo, inclínate a buscar en el cajón de la ropa interior y contempla tus opciones. Tu mejor amiga Melissa y tú habéis estado amenazando con salir a divertirnos a lo grande, y todo parece indicar que ésta va a ser una noche inolvidable. Ahí tienes el tanga de encaje violeta ridículamente caro, con la cinta de seda entretejida en los bordes. Acaricias con los dedos una de las cintas aterciopeladas sintiéndote un poco nostálgica. Hace siglos que no te pones lencería sexy.

Al lado del tanga están tus bragas favoritas: las más cómodas. El elástico ya no es tan tirante como antes y, de tanto lavarlas, se han desteñido un poco, pero, a decir verdad, eso es lo que tanto te gusta de ellas.

Instintivamente, metes barriga cuando tiendes la mano hacia las bragas-faja. Cuando te las pones, te sien-

tes como si te hubieras metido en la piel de una salchicha, pero al menos con ellas consigues tener un vientre liso. Pero ¿y si esta noche estás de suerte? Vas a necesitar un abrelatas para salir de ellas, y eso no tiene nada de sexy. Se te ocurre entonces que quizá podrías salir a pelo. Sonríes levemente al pensarlo. No lo has hecho nunca. ¿No sería acaso increíblemente sexy ser la única que sabe que no llevas nada debajo del vestido?



Si eliges el tanga de encaje violeta, ve a la página 3



Si eliges las bragas cómodas, ve a la página 4



Si eliges las bragas-faja, ve a la página 5



Si eliges ir a pelo, ve a la página 7

Has elegido el tanga de encaje violeta

Te das un último retoque al maquillaje en el espejo y te apartas luego para evaluar el resultado. Has estado tan hasta arriba de trabajo que hacía siglos que no te arreglabas así y habías olvidado lo divertido que puede llegar a ser. El vestidito negro con el generoso escote ensalza tus curvas, y llevas puestos tus zapatos de tacón favoritos, sí, con los que tienes las pantorrillas y la altura de una diosa. Te satisface lo que ves: el tanga violeta ha sido, sin duda, la elección correcta. Quién sabe, quizás está noche sea el principio del fin de tu larga travesía por el desierto. Puede que te sonría la suerte. Eso si estás de suerte, claro.



Ve a la página 8

Has elegido las bragas cómodas

Te miras al espejo. El vestidito negro con los zapatos negros de tacón es una buena elección. Esta noche te sientes muy sexy por primera vez desde hace siglos. Te vuelves para echar un vistazo a la parte trasera del vestido y, horrorizada, ves que las bragas de abuela se marcan bajo la suave tela. No, ni hablar. Te las quitas de inmediato y durante un instante te planteas salir a pelo...



Si eliges ir a pelo, ve a la página 7

Pero finalmente decides que mejor no. Demasiado aireada para tu gusto. En vez de eso, vuelves a abrir el cajón y sacas el tanga de encaje violeta. Te lo pones, con cuidado de no desgarrarlo con uno de los tacones.



Ve a la página 3

Has elegido las bragas-faja

Tienes que tumbarte en la cama para ponerte las bragas-faja. ¿Quién las habrá inventado? Obviamente, algún sádico al que no le gustan demasiado las mujeres. Y ¿de qué están hechas? ¿Del mismo tejido que utilizan para fabricar naves espaciales? Vuelves a inspirar hondo, contienen la respiración, y consigues subírtelas por encima de los muslos.

Justo antes de morir asfixiada, logras por fin tirar de ellas hasta cubrirte la tripa. Al tiempo que te secas una gota de sudor de la cara, te pones de pie y te miras al espejo. La parte buena es que tienes el vientre plano. La mala es que estás un poco mareada, que quizá te hayas fracturado una costilla y que igual no puedes sentarte en toda la noche.

¿Quién dijo que para presumir hay que sufrir? O la faja o yo. Con la ayuda de unas tijeras te liberas a tijeretazos de la camisa de fuerza de licra, soltando un profundo suspiro de alivio.

Entonces coges el tanga de encaje violeta y te lo pones. Después de la licra de resistencia industrial, el tacto del encaje es suave como las plumas. Contienes la respiración al mirarte al espejo, y lo que ves ejerce sobre ti el mismo efecto que las sádicas bragas, aunque sin cortarte la circulación. Mientras coges el bolso, se te ocurre que

simplemente tendrás que acordarte de meter tripa cada vez que alguien te mire.



Ve a la página 3

Has elegido ir a pelo

Vas a la cocina a servirte una copa de vino, contoneando las caderas. Te resulta extraño no llevar bragas. La fricción de tus muslos presionándose entre sí al caminar es una sensación agradable. De hecho, cada paso que das te excita un poco más. Nunca habías sido tan consciente de tu sexo. Piensas que así es como se sienten los hombres: tu sexualidad te recuerda que está ahí con cada uno de tus movimientos.

Vuelves a tu habitación con la copa en la mano. Ese corto trayecto ha conseguido que el calor fluya por tu cuerpo. «Es demasiado», piensas. A este paso, no llegarás al bar. Decides entonces que necesitas algo entre tu vestido y tú o no podrás mirar a nadie a los ojos sin sonrojarte a lo bestia. Coges el minúsculo tanga violeta; es lo más parecido a ir desnuda.



Ve a la página 3

Llegas al bar

Te ves obligada a parpadear varias veces hasta que tus ojos se adaptan a la penumbra que reina en el bar. La música de fondo es sutil. Sin embargo, sientes el rítmico latido en el pecho, junto con un agradable estremecimiento de expectación. Has estado tan centrada en el trabajo que ha pasado mucho tiempo desde la última vez que saliste a divertirte. Y esta noche estás decidida a pasarlo en grande.

Es la primera vez que vienes a este sitio. Este garito elegante y frecuentado por famosos ha sido idea de Melissa, tu mejor amiga, y, al llegar, echas un vistazo alrededor con la esperanza de verla. Una larga barra de caoba ocupa todo un lado de la sala, y varios grupos de clientes elegantemente vestidos se ríen, sentados alrededor de las mesas y recostados en los reservados. Hay una zona de acceso restringido protegida por una cuerda al fondo, con un gorila que te recuerda a Conan el Bárbaro plantado delante. Debe de ser la zona VIP. No hay la menor posibilidad de que te dejen entrar ahí, piensas.

Recorres el bar con la mirada, pero ni rastro de Melissa, así que echas un vistazo a las mesas. No puedes evitar fijarte en un hombre guapísimo que está sentado en uno de los reservados del rincón. Charla muy concentrado con otro tipo, pero hay en él algo que te llama la

atención. Es evidente que te lleva algunos años, pero le saca partido a su edad gracias a que se da un aire a George Clooney. El hombre levanta la vista y su intensa mirada capta la tuya, como si hubiera percibido tu atención. Te sonrojas y finges echar un vistazo a tu reloj, tanto para comprobar la hora como para tener una excusa y así dejar de mirarlo. Son las ocho y cinco. Has sido puntual. ¿Dónde demonios se ha metido Melissa?

Vuelves a pasear tu mirada por la sala con detenimiento antes de dirigirte a la barra y sentarte en un taburete, de espaldas al señor Intenso. Te estremeces... Casi puedes sentir la presión de su mirada en la espalda.

—Hola, ¿qué te pongo? —pregunta el barman.

Levantas la vista, perpleja al ver lo atractivo que es, a pesar de que nadie diría que tiene la edad suficiente para estar sirviendo alcohol. Tiene la piel perfecta y de una tonalidad que resalta con el pelo y los ojos de color café. Lleva unos vaqueros y una sencilla camisa blanca y sonríe dulcemente, un poco vacilante, mientras retira de encima de la barra una lata vacía que está a tu lado. Luego, con un movimiento suave, se vuelve de espaldas y la arroja al cubo de la basura, acertando a la primera. Lleva las mangas de la camisa de algodón blanco enrolladas, dejando a la vista unos brazos esculpidos. No puedes evitar preguntarte qué edad tiene: veintiuno, quizá veintidós. Mmm. Podrías enseñarle un par de cosas.

No estás segura de qué pedir. Bueno, esto es un garito de famosos. ¿Champán? ¿Un cóctel? ¿Un martini? Entonces te acuerdas de una escena que viste en una película.

—Una copa de *prosecco**, por favor —pides, con la esperanza de haberlo pronunciado correctamente.

El barman se aparta el pelo de los ojos y te dedica de nuevo su sonrisa dulce y un poco tímida. Te desarma por segunda vez.

—Marchando. —Tiende la mano hacia las copas de champán. Se le levanta la camisa y dispones entonces de una vista perfecta de su estómago liso y musculado. Una oscura línea de vello sedoso baja desde su ombligo hasta el botón de los vaqueros. No puedes evitarlo: se te hace un poco agua la boca. ¿Dónde está Melissa? Tiene que ver esto. «Este bar es una buena elección», le dirás. Te cruzas de piernas y las juntas con fuerza.

Te vibra el móvil en la mano, sobresaltándote. Es un SMS de Melissa:

Sigo en el trabajo. Maldito Jefe me ha puesto un plazo de entrega de espanto. ¡Lo siento! Menudo chasco no poder ir. ☹️ ¡Diviértete por mí! 😊

* El *prosecco* es un vino blanco italiano, generalmente espumoso seco o extraseco. (N. de la T.)

Se te encoge el corazón. Y ¿ahora qué? Apagas el teléfono pulsándolo con fuerza con el pulgar. Tú tan elegante y sin ningún sitio adonde ir. Ya te lo podía haber dicho antes. ¿Cuándo aprenderá Melissa a decir «no» a ese cabrón controlador que tiene de jefe?

Ni siquiera estás segura de que te siga apeteciendo tomar algo, pero el barman está ya abriendo con destreza una botella de *prosecco*. Sirve una copa, sosteniéndola inclinada, te la pone delante con otra sonrisa tímida, y te animas un poco. Te preguntas cómo sería pasarle el pulgar por la línea de esos labios carnosos y tentadoramente besables. Le devuelves la sonrisa y sacas el monedero para pagarle.

—No, no es necesario —dice.

¿Intenta acaso tirarte los tejos? Cuando estás a punto de darle las gracias, el chico señala al extremo más alejado del bar con una expresión de disculpa en la cara.

—Te invita el tipo que está allí.

Echas un vistazo a tu admirador. Viste una camisa chillona desabrochada hasta media tripa y tiene más pelo en el pecho que en la cabeza. Una gruesa cadena de oro anida en el arbusto situado sobre los albores de una prominente panza. Se mete un mondadientes en la boca, se levanta y se acerca a ti balanceándose. Quizá, si no le miras a los ojos, el cliché con patas pillará el mensaje... Pero no, no hay suerte.

—Hola, cariño —dice, moviendo el palillo con la lengua de un lado a otro de la boca—. ¿Está ocupado este asiento? —Se instala sin miramientos a tu lado antes de que tengas tiempo de responder—. Soy Stanley Glenn —se presenta, como si esperara que reconocieras el nombre.

Se le escapa un eructo y el olor a ajo te llega en una bocanada. Te apartas todo lo que puedes, pero no hay escapatoria posible.

—Disculpa, pero los gases mejor dejarlos salir que retenerlos dentro, ¿no? Es lo que siempre digo. —Levanta las manos, te apunta con los dedos y te dispara con ellos, acompañando el gesto con un guiño y chasqueando dos veces la lengua.

Tu primera reacción es decirle a él y a la peluca que lleva en el pecho que desaparezcan, pero sería una grosería y no quieres montar una escena. Sin embargo, te mueves en el taburete de modo que puedas darle un rodillazo en las pelotas si se te acerca más con ese aliento letal. Cuando estás a punto de rechazar educadamente la copa, sientes una mano en el hombro. Asustada, te vuelves y te encuentras con un hombre que está de pie justo detrás de ti. Lo reconoces de inmediato. Es el tipo con el que intercambiaste una mirada al llegar al bar.

—Hola, cariño. Perdona por el retraso —dice, incliniéndose hacia delante y besándote en la mejilla. Contie-

nes el aliento por la inesperada cercanía. Huele a cedro y a cuero, y así, de cerca, le ves el pelo sexy y entrecano de las sienes y las patas de gallo que se le forman junto a los ojos cuando sonrío.

Rodeándote despreocupado el hombro con un brazo, le tiende la mano a Stanley.

—Muchas gracias por haberle hecho compañía. Me he retrasado un poco. Ya sabe cómo son los negocios.

Consciente de estar aprovechándote descaradamente de la situación, te inclinas un poco hacia atrás contra el brazo de tu rescatador. Pecho Peluca masculla algo y se levanta. Mientras ellos dos se dan la mano, ves que Stanley se estremece. El mondadientes desaparece y te preguntas si se lo habrá tragado. Por fin, Pecho Peluca se retira y desaparece de tu vista con la cara morada.

—Hola, soy Miles —se presenta tu nuevo amigo, quitándote el brazo del hombro.

—Y yo te estoy agradecida —dices, sintiendo que la piel todavía te hormiguea allí donde te ha tocado.

—Espero no haber sido demasiado presuntuoso.

—Podría habérmelas arreglado sola —aseguras con una sonrisa—, pero gracias por la ayuda.

—No me cabe duda de que, si hubieras querido, podrías haberlo despachado con una simple mirada —dice—. Pero necesitaba una excusa para venir y presentarme. —Eso suena prometedor, y, cuando es-

tás a punto de ofrecerle una copa, él vuelve a hablar—: Me ha encantado conocerte, pero será mejor que vuelva con mi colega. Estamos cerrando un negocio.

—Ah, bien. —No quieres que se vaya, pero no sabes cómo pedirle que se quede—. Gracias otra vez.

—Ha sido un placer. —Te mira durante otro segundo interminable antes de volverse para regresar a su mesa. No lo pierdes de vista mientras se aleja. Lleva unos pantalones de corte exquisito y una camisa de rayas azules casi invisibles con el cuello abierto. Elegante y sin duda nada barata. El hombre se vuelve, te pilla mirándolo y levanta la mano, saludándote. Tú le devuelves la sonrisa y te vuelves hacia tu vino espumoso para tomar un buen sorbo. Tienes la boca seca.

—¿Otra? —pregunta el joven barman cuando has vaciado la copa.

Los vinos espumosos son deliciosos, pero tienes sed, así que pides un Perrier.

—*Prosecco*, Perrier... Estás de un humor mediterráneo —dice el barman, sorprendiéndote con el comentario. No es una charla típica de un barman con una cliente, y lo miras con más atención. Incluso en penumbra y bajo la luz artificial, su piel resplandece.

—Y ¿qué hace un tío agradable como tú en un lugar como éste? —preguntas, sintiéndote un poco coqueta... por culpa del *prosecco*.

—Sustituyendo a mi primo. El barman es él. El dinero ayuda. Los libros de texto son caros.

—Ah, ¿eres estudiante?

—Sí, y, por favor, no me preguntes qué estudio...

—Vale, tampoco pensaba hacerlo. Pero ahora me has picado la curiosidad.

El chico parece un poco avergonzado.

—Filosofía de la religión. Me estoy especializando en religiones orientales.

—¿En serio? Me imagino que eso no te ofrecerá muchas opciones profesionales.

Se pone serio durante un instante.

—Te sorprendería. Me gustaría trabajar en el campo de las misiones de paz internacionales, y quizá terminar en Naciones Unidas. Viajar por el mundo, vamos.

Interesante. Cada vez más. La cara de un ángel, el cuerpo de pecador y ¿además con cerebro? Y encima quiere la paz mundial.

Le dedicas una sonrisa lenta y prometedora. Dirán que eres una asaltacunas, pero estás tentada de seguir con esto un poco más. Pero antes será mejor que vayas al baño. Si vas a flirtear con un veinteañero realmente guapo, más vale que te retoques el maquillaje.

* * *

El baño es un oasis de calma suavemente iluminado. Sólo hay una mujer dentro, además de ti, y está ocupada maquillándose frente al espejo.

Es, sin duda, una de las mujeres de aspecto más espectacular que has visto en tu vida. Tiene un pelo lustroso recogido en lo alto de la cabeza, con grandes bucles sujetos con una peineta de coral. Las cejas casi se le juntan sobre la nariz y tiene un lunar en la parte baja de la mejilla. Lleva una falda larga que le cuelga de las caderas y cuya tela de color joya atrapa la luz. Sin duda es una prenda *vintage*, quizás incluso de Valentino. La mujer desvía la mirada de lo que está haciendo y te estudia en el espejo antes de sonreír, como si le gustara lo que ve. No puedes evitar fijarte en sus pechos, ensalzados por un top de encaje ajustado: o bien son inmunes a la gravedad o lleva puesto el sujetador de diseño más caro que conoce la condición femenina.

A la luz de su reposada mirada, te sientes un poco desdibujada con tu vestidito negro, como una paloma que se ha metido por error en la jaula de los pavos reales.

—Disculpa, estoy acaparando el espejo —se excusa. Hay en su voz un ligero gruñido, ¿o se trata quizá de un leve acento?

—No, no te preocupes, voy a usar el retrete —contestas, sintiéndote incómoda frente a su elegancia y serenidad. Ella vuelve a sonreírte, y tú huyes, metiéndote en

uno de los cubículos con el corazón acelerado. No puedes quitarte ese lunar de la cabeza.

Cuando terminas, te lavas las manos y te reúnes con ella delante del espejo para retocarte el maquillaje. Se te ha emborronado el lápiz de ojos y no te iría mal un poco de pintalabios.

—Me encanta tu pelo —comenta mientras tú buscas un peine en el bolso.

—Gracias —dices, llevándote una mano a la cabeza en un gesto tímido—. Curiosamente, yo mataría por tener un pelo como el tuyo.

—¿No es eso lo que siempre pasa? —pregunta—. Siempre queremos lo que no tenemos. —Te aguanta la mirada durante un instante demasiado prolongado, y te asombra verte de pronto imaginándote pasándole la lengua por el lunar. ¿A qué ha venido eso?

—Espera, tienes un poco de... Un momento, deja que... —dice, y, volviéndose hacia ti, te sujeta la barbilla con firmeza y, con una servilleta de papel, te limpia el lápiz de ojos emborronado debajo de los ojos. Tiene su rostro tan cerca del tuyo que apenas puedes respirar, pero eres hiperconsciente de su perfume, una exótica mezcla de especias.

Entonces ella busca en su bolso un lápiz de ojos y una de esas pequeñas paletas con distintas sombras de colores. La sostiene delante de ti.

—No te importa, ¿verdad? Cierra los ojos.

Sin saber con exactitud lo que espera de ti, haces lo que te pide. Te estremeces un poco cuando te pasa el lápiz de ojos por el borde de los párpados y usa luego la yema del dedo para retocarlo un poco. A continuación, repite el proceso, esta vez con una sombra de ojos de color pizarra y un resaltador que contrasta con ella, mezclando delicadamente el fino polvo sobre tus párpados y siguiendo sobre la zona superior del pómulos. El contacto con tu piel es increíblemente suave y estás empezando a sentirte un poco mareada.

Cuando aparta la mano, eres presa de una punzada de pesar.

—Ya está —dice—. Eres una belleza, chica —añade, señalando al espejo.

Te vuelves a mirarte. Gracias a tus nuevos párpados de color ahumado, tus ojos parecen mucho más grandes de lo que son. Es, sin duda, una enorme mejoría con respecto a tus esfuerzos de aficionada. Te preguntas entonces si tu misteriosa amiga es modelo.

—Me ha parecido que eras la clase de mujer que lo valoraría. Toma. —Alarga el brazo, adornado con un montón de pulseras de plata, y cierra tus dedos sobre un trozo de papel doblado—. Encantada de conocerte. Espero que vengas —dice, al tiempo que coge el bolso y

se dirige a la puerta del baño, contoneando ostensiblemente las caderas.

—Gracias por maquillarme los ojos —dices, un instante demasiado tarde.

En cuanto se va, desdoblas el papel que te ha colado en la mano. Es un anuncio de una exposición de una galería cercana. La imagen es un retrato muy detallado de un rostro de mujer, y te das cuenta de que en realidad es ella mirando al frente, desafiándote con esos fabulosos ojos. Pasas el dedo por la palabra «Immaculata» que figura en la parte inferior de la página. ¿Será ése su nombre? ¿El nombre de la exposición? ¿Será ella la artista?

Te metes el folleto en el bolso y sales al bar, pero no hay ni rastro de ella. Debe de haberse marchado.

Vuelves a tu taburete, un poco triste. Te sientes desprotegida, elegantemente vestida y sin nadie con quien hablar. El guapísimo barman atiende a un ruidoso grupo en la otra punta de la barra, y el tipo intenso al que has conocido hace un rato sigue charlando concentrado con su colega. Podrías quedarte y tomarte una última copa. O siempre está la opción de la exposición... Seguro que al menos allí servirán canapés.



*Si decides quedarte en el bar, tomarte otra copa
y ver qué pasa, ve a la página 21*



*Si decides ir a la galería a ver la exposición,
ve a la página 61*

